

ción racial. De esa forma ha podido reunir sin distinción a solistas blancos y de color en su grupo de JATP, actuando únicamente en salas donde se admite a los negros por un igual que a los blancos.

El grupo que Norman Granz presentó en Cannes, fue el siguiente: Lou Levy, piano; Rene Goldstein, bajo; J. C. Heard, batería; Stan Getz y Coleman Hawkins, saxos tenor; Dizzy Gillespie y Roy Eldridge, trompetas; Don Byas y Stephane Grappelly, saxo tenor y violín respectivamente (que debido al éxito que obtuvieron la noche anterior, se creyó por lo visto oportuno anexionarlos al grupo); Vic Dickenson, trombón y Ella Fitzgerald.

Fue muy interesante la actuación de semejante grupo de «estrellas», puesto que por lo general y al contrario de lo que muchas veces ocurre, estuvo fuera de efectismos supérfluos y de mal gusto.

La tercera noche, dedicada por entero al jazz tradicional, agrupó en el Palacio de los Festivales a gran cantidad de jóvenes de los contornos, procedentes de distintos Hot-Clubs de la región que prestaron un colorido especial a la sala, viniendo a probar una vez más que el estilo Nueva Orleans goza de toda preferencia entre la inmensa parte integrada por la juventud del vecino país galo. Ello trajo consigo el que las localidades estuvieran agotadas desde muchos días antes y que el local fuera un verdadero hervidero.

El momento culminante de la noche fue cuando después de la actuación de unos cuantos grupos franceses, entre los que figuraron los de Reweliotty, Claude Lutter, Maxim Saury, etc., todos ellos de muy buena factura, el escenario se «llenó» de la presencia de Sidney Bechet, Albert Nicholas, que está en gran forma, Teddy Buckner, que con la orquesta de Kid Ory y actualmente a la cabeza de su propia orquesta se ha declarado, como hemos dicho al principio, en gran rival de Louis Armstrong, Vic Dickenson, trombón, al que el placer que sentía por tocar nuevamente con Sidney Bechet le hacía exteriorizar su contento. En la sección de ritmo figuraban nada menos que Sammy Price al piano, Arvell Shaw, bajo y J. C. Heard, batería.

Ella Fitzgerald cerró el concierto cantando por última vez en el Festival con un gran número de temas clásicos como ella sola sabe hacerlo, viéndose precisada a besar una vez más el *St.*

*Louis Blues*, que cantó en homenaje a W. C. Handy.

Las dos noches siguientes, dedicadas al jazz moderno, también nos depararon momentos interesantísimos. La principal actuación estaba constituida por el célebre Modern Jazz Quartet, que bajo la dirección del pianista John Lewis, aporta un sentido musical distinto al de las demás formaciones modernas, reservando la parte más importante de las obras que interpretó a los arreglos.

La segunda parte del concierto del sábado estuvo dedicada por entero a este grupo que obtuvo, como siempre, un gran éxito. Ya en el primer concierto, la fusión de este quarteto con el Jazz Group de París, que dirige el compositor y musicólogo André Hodeir, nos deparó la suerte de poder escuchar en «premiere» mundial dos composiciones orquestales originales, escritas especialmente para aquella ocasión por John Lewis y André Hodeir.

«Tete» Montoliu, obtuvo un gran éxito en sus varias actuaciones, confirmando su gran clase, dejando por consiguiente en muy buen lugar el pabellón jazzístico español. Después de las declaraciones que sobre él había hecho meses antes George Wein, Vicepresidente y Director musical del famoso Festival de Newport, en algu-

nas revistas de jazz francesas, había cierto interés por parte de críticos y aficionados galos en escuchar y conocer a «Tete». Pasado el primer momento de «suspense», una cerrada ovación vino a corroborar el lugar que nuestro compatriota ocupa entre los pianistas modernos europeos.

El domingo, día 13, se celebró el concierto de clausura que fue retransmitido en directo y, en su mayor parte, por la Radio Televisión Francesa. Tomaron parte en él las más importantes figuras del Festival, así como otras que se desplazaron exprofeso de París, como Claude Bolling, Guy Lafite, Bill Coleman, etc.

Momentos culminantes fueron los de la segunda parte, en la que pianistas, saxofonistas y por último trompetistas fueron desfilando ante el público, improvisando diversos coros cada uno sin interrupción. Distintas épocas, distintos estilos enfrentados, puesto que al lado de Hawkins figuraba un Stan Getz o la última revelación del jazz francés, el joven saxofonista Barney Wilen. Espectáculo interesante y embriagador que venía a rubricar de manera insospechada el lugar que ocupa hoy en el mundo la música de jazz, y demostrándose, una vez más, que no hay épocas ni estilos que existan, si se hace jazz «de verdad», eso es, con el corazón.



Percy Heath (b.), Connye Kay (dr.) y John Lewis, del M. J. Q.

Foto: J. Vadell